

Opinión

Sostenibilidad como arquitectura económica: innovación para anticipar el riesgo climático

Por
Ricardo Icarte,
CEO Patagonia Startups y Managing
Partner Austral Angels

Chile y América Latina enfrentan una nueva categoría de riesgo estructural. Incendios forestales de magnitud creciente, inundaciones urbanas recurrentes, estrés hídrico prolongado y erosión costera ya no son episodios excepcionales; son manifestaciones de un cambio sistémico que impacta infraestructura crítica, productividad, sistemas financieros, salud pública y estabilidad social.

El cambio climático dejó de ser una variable ambiental. Es una variable económica, urbana y estratégica. Y en ese nuevo escenario, la sostenibilidad deja de ser un ideal aspiracional para transformarse en un criterio estructural de diseño económico.

La sostenibilidad ya no puede abordarse como una "vertical" dentro del emprendimiento. Se ha convertido en un estándar transversal de competitividad. Los fondos de inversión integran análisis de riesgo físico y transición climática en sus tesis; la banca ajusta financiamiento según exposición territorial; las aseguradoras recalculan precios en función de escenarios proyectados. El mercado está internalizando el riesgo climático, y la sostenibilidad comienza a operar como variable financiera.

Desde su fundación en 2022, Patagonia Startups definió el cambio climático y la sostenibilidad como eje estructural de su

modelo. No como tendencia coyuntural, sino como marco económico de largo plazo. Bajo esa visión se impulsaron verticales vinculadas a nuevos alimentos de menor huella ambiental, materiales con procesos circulares, optimización hidrálica, energías renovables, electromovilidad, regeneración de ecosistemas y mitigación de polución urbana.

Estas líneas comparten una premisa: la sostenibilidad no es un complemento del crecimiento, es la condición para que ese crecimiento sea viable en el tiempo.

Sin embargo, el escenario actual exige un paso adicional. No basta con mitigar impactos progresivamente; debemos anticipar el riesgo sistémico. La sostenibilidad, entendida como resiliencia económica y territorial, implica rediseñar sectores completos antes de que el próximo evento extremo exponga sus fragilidades.

Hoy seguimos operando bajo una lógica reactiva. Se reconstruye después del incendio. Se rediseña tras la inundación. Se ajusta la normativa tras el colapso. Este ciclo es económicamente ineficiente y socialmente costoso. La sostenibilidad estratégica exige anticipación.

Por ello, nuestro foco el 2026 se amplía hacia áreas que abordan de manera más directa la resiliencia estructural: soluciones para emergencias climáticas y

"La sostenibilidad ya no puede abordarse como una 'vertical' dentro del emprendimiento"

gestión del desastre, transporte y logística sostenible –incluido el ámbito naval–, salud y bienestar frente a eventos extremos, y longevidad en sociedades que envejecen bajo mayor presión climática.

No se trata de expandir temáticas, sino de reconocer que el riesgo climático redefine vivienda, infraestructura, movilidad, producción de alimentos, energía y sistemas sanitarios. La sostenibilidad, en este contexto, es arquitectura económica: determina cómo diseñamos ciudades, cómo financiamos proyectos y cómo estructuramos cadenas productivas.

En la Zona Macrosur se combinan alta exposición climática, talento científico relevante y diversidad territorial que funciona como laboratorio natural. Lo que se desarrolle aquí puede transformarse en soluciones exportables hacia mercados que enfrentan desafíos similares. La sostenibilidad regional puede convertirse en ventaja competitiva global.

La sostenibilidad no es un atributo reputacional ni un ejercicio de marketing verde. Es una estrategia de estabilidad económica, reducción de riesgo y generación de valor de largo plazo.

La discusión ya no es si debemos incorporar sostenibilidad en la innovación.

La discusión es si seremos capaces de hacerlo antes de que el próximo evento extremo nos obligue en condiciones más costosas.

La pregunta no es si podemos permitirnos invertir en resiliencia.

La pregunta es cuánto nos costará no anticiparla. ●

